

nuestra civilización occidental. La obra de Toynbee se convierte así en un acertado «pretexto» para que Ortega nos hable una vez más de sus propias ideas y con su inigualable lenguaje.

F. HERNÁNDEZ BORQUE

KAUFMANN, W.: *Tragedia y Filosofía*. Traducción de Salvador Oliva. Seix Barral. Barcelona, Caracas, México, 1978, 586 p.

La aproximación de los filósofos al fenómeno de lo trágico y el intento de definir los elementos que lo constituyen son ya clásicos. De otro lado, la afirmación de que la tragedia es, para los hombres de hoy, un género inexistente, o que a lo sumo designa algo raro y lejano en el tiempo pero imposible ya, se ha convertido en una apreciación generalizada y pocas veces discutida. Kaufmann, en su obra, cuya originalidad hay que reconocer desde ahora, y cuya extensión no resta atractivo ni profundidad a sus puntos de vista, afronta ambas cosas para, tras una crítica minuciosa de posiciones dispares y distantes en el tiempo (van desde Platón hasta Nietzsche), intentar una definición de los elementos que configuran la tragedia.

En el capítulo primero analiza el porqué del rechazo de Platón hacia las representaciones teatrales, que se resume en el hecho de que cada hombre debería ser instruido para desempeñar una sola función en la sociedad. La duplicidad introducida por la representación en general y por el actor en particular no se ajustan a los requisitos básicos de la «ciudad ideal». Por otra parte, Platón trata repetidamente de hacernos ver que la tragedia no sólo es innecesaria, sino evitable cuando optamos por la guía de la razón. La felicidad inherente al hombre bueno está presente aquí.

Cuando pretende ofrecernos lo más claramente posible el pensamiento aristotélico relativo a la tragedia, Kaufmann estudia con profundidad el significado de los términos *mimesis*, *eleos*, *phobos*, *catharsis*, *hybris* y *hamartia* y transcribe la definición aristotélica en los siguientes términos: «La tragedia es una obra de cierta longitud que narra una historia noble desde el principio hasta el final, escrita en verso y con acompañamiento musical en algunas partes; está basada en el trabajo de los actores y despierta un sentimiento de profundo dolor próximo al terror, con la finalidad de que los espectadores experimenten un alivio emocional y apaciguador» (página 96). Kaufmann sale al paso de la creencia común según la cual el orgullo que sigue inmediatamente a la caída es el tema central de

la tragedia griega; al igual que Nietzsche, señala que el orgullo no era para los griegos ningún pecado y sí un ingrediente esencial del heroísmo.

Frente a aproximaciones eclécticas que intentan una salida a medio camino entre Platón —que trataría básicamente del contenido— y Aristóteles —preocupado fundamentalmente por la forma—, Kaufmann se lanza a la búsqueda de una nueva poética donde la tragedia es definida como una forma literaria que se dirige hacia el centro del sufrimiento humano, nos trae a la memoria el sufrimiento propio y el de aquellos que nos son próximos y nos conforta con la idea de que el sufrimiento es universal; de que el valor, la fuerza y la nobleza son admirables. Su escasa duración hace que nos presente una experiencia muy concentrada (cfr. p. 144).

Las obras de Homero, Esquilo y Sófocles son contempladas a la luz de esta visión de lo trágico, mereciendo un detenido estudio *Edipo rey*. Precisamente esta tragedia es utilizada para señalar la distancia que separa los puntos de vista del autor y los de Platón: el poeta, apunta Kaufmann, está muy lejos de pensar que el hombre más virtuoso es tanto más ajeno al sufrimiento. Todo lo contrario. Al igual que el autor del libro de Job, Sófocles pone de manifiesto en esta obra que hay una especie de afinidad del hombre noble para con el sufrimiento. No obstante ese parecido con la Biblia, el mundo griego se sitúa lejos de ella. Y es en Homero donde esa característica diferencial se muestra clara: el conocimiento de que todo es efímero se funde allí con el gusto y el interés por el momento.

Kaufmann discute las posiciones mantenidas por Hegel. Y aún reconociendo que la comprensión hegeliana de la tragedia griega superó en mucho la de la mayoría de sus detractores, el autor señala que sus ataques dirigidos al prejuicio de que toda tragedia tiene su héroe y su negativa a la idea de que el protagonista tuviera que ser sobresaliente por su virtud han perjudicado bastante las interpretaciones posteriores de Sófocles. Además, admitiendo que los conflictos trágicos no son entre el bien y el mal, sino entre posiciones parciales, Kaufmann niega que sean las colisiones trágicas —y no un héroe trágico— lo central en todas las obras de Sófocles, como pretendía Hegel.

La polémica sostenida por Kaufmann a lo largo de la obra cobra especial interés cuando en el extremo opuesto se sitúa Nietzsche. Los capítulos dedicados a Esquilo y Eurípides la recogen en todos sus detalles. Y es en ella donde se manifiestan con mayor nitidez los puntos de vista del autor: unas veces a favor y otras en contra de Nietzsche. *El nacimiento de la tragedia*, escrito bajo la influencia de Schopenhauer, utiliza dos categorías básicas (optimismo y pesimismo) para el análisis de lo trágico y sostiene que el «optimismo

racional» propio de Sócrates —si los hombres usaran correctamente su juicio, no habría necesidad de tragedias— juntamente con la complacencia en la dialéctica y una excesiva fe en el conocimiento fueron quienes consumaron la muerte de la tragedia. Kaufmann ataca abiertamente las tesis de Nietzsche. En primer lugar, niega que haya en Eurípides nada esencialmente distinto a sus antecesores Esquilo y Sófocles —como se pretendía en la obra citada—; por el contrario, las obras de Eurípides unifican la moralidad de Esquilo y la caracterización psicológica de Sófocles. En segundo lugar, optimismo y pesimismo resultan en definitiva categorías simplistas y pobres, pero, admitiéndolas —y esto es lo fundamental—, la tragedia se inscribe en un género literario más optimista que la comedia. Como sospechaba Nietzsche, algo siniestro caracterizó el tiempo que transcurrió entre Esquilo y Eurípides, pero no fueron el optimismo ni la confianza el punto culminante de ese proceso: después de una guerra que había durado casi treinta años, la generación que surgió entonces tuvo otra actitud ante la vida y ante el sufrimiento: la guerra no era ya la gloria, el heroísmo parecía vano y el escepticismo comenzaba a arraigar en unos hombres para quienes la desconfianza de Eurípides ante las convenciones y su crítica social resultaban más acordes con los tiempos.

De estas consideraciones se siguen dos consecuencias importantes: la primera de ellas es que tragedia y comedia son géneros que no difieren ni por la temática ni por los actores, sino especialmente por el punto de vista adoptado; la segunda se refiere directamente a la tragedia y afirma que no es el optimismo la causa de su desaparición, sino que son la desesperación y el descrédito los únicos responsables de su muerte.

Después de examinar las obras de Sartre de mayor influencia nietzscheana —*Las moscas*, sobre todo—, el capítulo dedicado a Shakespeare sirve para la exposición y crítica de las teorías sostenidas por Hume, Schopenhauer y Max Scheler acerca de lo trágico. Finalmente se plantea la pregunta de si es hoy posible la tragedia. Kaufmann responde afirmativamente y pone el ejemplo de la obra de Hochhuth titulada *El vicario*, obra que cumple las condiciones para ser incluida en el género trágico. Sin embargo, añade que nuestro tiempo ofrece mayor cabida a los géneros mixtos, que el héroe sufriente y el noble activo han sido sustituidos por la víctima y el antihéroe pasivo y que, aunque la época de la tragedia pura haya pasado, no hay un solo motivo para creer que la comedia sea un género de calidad inferior. Algo así como una especie de fidelidad al tiempo hace que cualquier intento de escribir hoy tragedias corra el riesgo inevitable de «parecerse a los arquitectos contemporáneos que levantan edificios góticos» (p. 529).

El *Epilogo* muestra las conclusiones que, después de este análisis, se deducen con respecto a la filosofía. Del mismo modo que un tipo de tragedia (aquella que los griegos hicieron clásica) no es hoy posible, también ha muerto un determinado tipo de filosofía. Después de que con Sócrates la filosofía despertara de sus «sueños dogmáticos», la filosofía se somete hoy a influencias diversas que, aunque hagan difícil su camino, desarrollan una conciencia de alternativas posibles y liberan de la estrechez intelectual y moral al que se decida a entrar en su campo de reflexión. El camino recorrido por la filosofía es, como el tiempo mismo, irreversible. Sócrates y muchos otros después de él han enseñado que la reflexión y el dogmatismo son incompatibles; de la misma manera, nuestro pensamiento se inscribe hoy dentro del pluralismo que conserva y valora los distintos logros y lejos definitivamente de la censura.

Remedios AVILA CRESPO

BRUGGER, Walter: *Summe einer philosophischen Gotteslehre*. Johannes Berchmans Verlag. München, 1979, 583 p.

Entre las escasas obras que nos brindan los pensadores de nuestros días sobre las cuestiones filosóficas relativas al problema de Dios, merece destacarse esta valiosa *Suma de una doctrina filosófica sobre Dios*, debida al profesor Brugger, de la Compañía de Jesús. Con ella, su autor ha querido presentar al estudioso de la Teología filosófica la totalidad de los problemas que tiene planteados esta disciplina, así como proponer una solución de los mismos. Esta solución se ensaya tras una confrontación con toda la tradición filosófica y sobre el horizonte de la revelación cristiana, aunque las cuestiones son dilucidadas filosóficamente.

Tras una Introducción, dedicada al tratamiento de varias cuestiones preliminares de la disciplina, el profesor Brugger dispone los temas de los que se ocupa bajo cinco rúbricas. La primera acoge las cuestiones relativas a *La demostración de la existencia de Dios*, cuyo tratamiento ocupa una extensa parte de la obra. En la demostración del ser absoluto y supramundano, el autor se sirve de un número considerable de pruebas propuestas por una amplia tradición metafísica, que se basan, unas, en los procesos causales, tanto eficientes como finales, y otras, en los grados de perfección de las cosas, en la obligación moral, etc. Rechaza como argumentos inválidos para la demostración la prueba ontológica, la intuición inmediata de Dios, la experiencia religiosa irracional y otros. Cuenta entre los argumen-